



El corazón del Rey (Fragmento)

Félix Luis Viera

De niño grande, en un terreno de béisbol en las afueras de Manicaragua, los demás muchachos maldecían constantemente a la Samaritana: rodó por todas las posiciones de juego a la defensiva; resultó muy lento para cubrir en los jardines y en el cuadro; lo pasaron a primera base, pero para defender en ésta le faltó estatura. “Quítate de ahí, comemierda”. “Eres una mierda”. “No capturas ni un melón”. Le decían. Entonces, como era bajo, ancho y nalgón, lo pusieron de catcher. Pero en esta posición, en juego vivo, sólo recibió tres lanzamientos después de mucho practicar. Sentía pavor cuando el pitcher se impulsaba y soltaba la pelota y aún más si el bateador le hacía *swing*. Cerraba los ojos y situaba el guante más o menos por donde vendría la pelota, muriéndose de miedo. Los primeros dos lanzamientos que trató de capturar como catcher le dieron en el guante y se fueron atrás, el tercero se estrelló contra su careta y comenzó a gritar: “¡No puedo más!”, y entonces el pitcher le dijo: “Yo creo que tú eres hasta maricón”. La Sama ya sabía que lo era, lo llevaba en silencio.

De niño chiquito, había comprobado que en los juegos siempre que le proponían hacer de hembra lo aceptaba, emocionado. A los cocinaditos era la cocinera; a los enfermitos era la enfermera; a la Caperucita siempre la Caperucita o la abuelita, nunca el lobo; a las casitas la criada o la mamá. Los demás niños y niñas veían su vocación e, ingenuamente, como hacen los niños, de entrada le destinaban estos papeles a la hora de proponer el juego, sin saber que él los anhelaba, aunque a veces, para despistar, dijera: “Bueno, y a mí siempre me toca lo mismo, pero está bien...”

El grupo de la Sama en Manicaragua se bañaba en una poza de un río que se hallaba dos o tres kilómetros más allá del fondo del pueblo. El grupo estaba en la época del descubrimiento de las masturbaciones y se masturbaban en las orillas enyerbadas del río y algunos sobre un tronco de palma que servía de paso a un lado de la poza. Lo ejecutaban unos delante de los otros y apostaban a ver quién hacía llegar el semen más lejos o quién expelía más semen de una vez. El pítcher que le había dicho “yo creo que tú eres hasta maricón” era de los que se masturbaba erguido sobre el tronco de palma. A partir de cierto momento, ida tras ida, la Samaritana se ocultaba entre los matorrales y se quedaba mirando, como hechizado, el pene del pítcher y sus movimientos hasta la eyaculación. Un día el pítcher lo sorprendió mirándole el miembro –podemos inferir, según lo relatado por la Sama– como miran los niños los carruseles de los parques infantiles. “Yo creo que tú eres maricón de verdad”, le dijo el pítcher a la Sama, por lo bajo, cuando venían de regreso del río. Al escuchar estas palabras, la Samaritana sintió en la sangre aquel hormigueo por él conocido.

Por la carretera que llevaba hacia Santa Clara regresaba la Sama a su casa una tarde; venía de la tienda, cargado de mandados. El pítcher lo estaba esperando cuneta adentro. Lo llamó y le dijo que entrara más, que le iba a enseñar algo. Ya cubiertos por la maleza, el pítcher se sacó el miembro erecto y le dijo a la Sama: “Mira”. La Sama miró y cayó en un encantamiento –podemos inferir, según lo relatado por él– semejante al de la codorniz cuando el perro cazador le ladra. El pítcher, con el miembro erecto agarrado con una mano, le dijo: “Toma”. La Sama se acercó y obedeció y el pítcher le pidió que se bajara los pantalones.

La Sama, con su carga de mandados, llegó a la casa cuando ya había oscurecido. Desflorado. Sentía dolores intensos, pero no lloraba por esta razón, sino porque se sentía pecador; se sentía al otro lado de la línea, disminuido y anormal en relación con los demás. Lloró toda la noche pensando en el padre y los hermanos, tan broncos, que hubieran decidido, llegado el momento, tener todos cáncer en los ojos antes que un maricón en la casa.

Pero ya estaba hecho. Había disfrutado. Había gozado. Así pensó al amanecer del día siguiente. Si él lo era, lo era; si él lo era, sería porque se podía ser, porque en la Tierra también tenía que haber maricones, y a él le había correspondido ser uno de los maricones de la Tierra. Nada más. Se consoló o más bien encontró el firme en esta deducción que, estuvo seguro, era irrefutable.

Por eso, entre otras razones, siempre quise a la Samaritana, por su sinceridad; y por su nobleza. Y a su favor debe reiterarse que si bien en muchos momentos se amujeraba con

gestos de manos y cara, añorando la voz, esto lo expresaba en la intimidad; nunca fue su propósito resultar un escándalo andante por las calles de aquella Santa Clara, aunque cualquiera que lo mirase al pasar se daría cuenta de lo que era, y mucho más al observarlo de espaldas: aquellas nalgas se le movían así por naturaleza, no por arte aprendido.

Entonces, porque tanto yo lo quería, y porque él estaba seguro de que era yo su mejor amigo *hombre*, quien lo asumía en el lugar que fuese y como fuese y, en definitiva, a no dudarlo, dijo, quien más lo quería de todos sus amigos *hombres*, oh, porque, y es más, él sentía que yo lo quería como a un hermano, me propuso algo que me estremeció sin que hubiese terminado de decirlo: ir al corte de caña de azúcar juntos. Sí porque solo no se atrevería, va y se burlaban de él ¿y además, con qué pareja iba a cortar? sí porque la caña se corta en parejas chichi ¿no? ¿eh? ¿y adónde podía buscarse él una pareja desde la propia ciudad? ¿y acaso llegado al campo alguien se pondría con él de pareja?, no, lo más probable sería que no, y si alguien lo hiciera de seguro se arrepentiría a los tres minutos asustado por sus mariconerías o, como sería la primera vez que cortaba, no le daría negocio al otro llevarlo a remolque, ¿verdad, mi chini?, sí, el compañero de pareja ideal era yo: no habría discordia con su “asunto” y, como yo tampoco había cortado caña nunca, pues podríamos compartir la desgracia, haríamos una pareja perfecta, principiantes los dos, mi chini, ¿no te das cuenta?

–Tú sabes que tener el Bono de las Mil Arrobas cortadas es una garantía: tremenda limpieza con el Gobierno, machi.

–Ya te dije que no, Sama.

–Mi chini, por Dios, considera que en muchos lugares te están pidiendo ese cabrón Bono como respaldo de tu conducta social y esas cosas que se traen ahora.

–¡Qué cortar caña ni un carajo! ¡¿Tú estás loco, Samaritana?! Yo compro ese Bono a la gente que lo está vendiendo por ahí de contrabando.

–Pero machi, recapacita, si un Bono de las Mil Arrobas de contrabando vale lo que tú y yo no ganamos en un mes.

–Yo consigo el dinero, yo lo consigo...

–Ay, machi, qué porfiado eres.

Sobre las seis de la mañana llegamos la Sama y yo al parque frente a la estación del ferrocarril. Había montones de gentes en los bancos, el césped, el piso, las aceras, y los camiones venían estacionando alrededor. Como media hora después empezaron a dar claxonazos y la gente a subir. Nosotros acordamos quedarnos de últimos no ocurriese que nos formaran relajo desde abajo: de acuerdo con lo que habíamos visto, no sabríamos subir al camión como era debido: rápidamente, con sólo dos o tres movimientos automáticos.

–¿Tú no le pasaste lima a ese machete, Sama?

–¿Lima?

El machete que traía parecía venido de destroncar árboles y antes de que lo sacaran del fondo de los mares: tenía mohosos hasta los remaches de la empuñadura.

–Sí, lima, con eso no podrás cortar ni verdolaga, socio.

–Coño, lima –dijo apesadumbrado y miró al mío.

–¿Ves como está éste? Se va solo, afeita. Me lo prestó uno que le sabe a esto de la caña.

El camión iba repleto. La mañana había amanecido húmeda y oscura. Ahora, suave, iba levantando el sol. La dirección era hacia el pueblo de Santo Domingo, por la carretera Central vía al occidente. Se decían cuentos y chistes en voz alta y algunos se metían con la gente con que nos cruzábamos y otros golpeaban con el machete de plan contra las barandas del camión cuando pasábamos cerca de algún grupo que estuviera en las calles.

Yo iba sentado con la espalda contra la baranda y la Sama, a mi lado, recostado contra el ángulo entre ésta y la pared delantera.

–Ay, Dios, yo ya estoy cansado.

–No me digas eso ahora, Sama.

–Nada, nada, si tú sabes que yo lo hago por tener el Bono, que es lo que está de moda.

–Cállate –le dije mientras le hacía una señal con los ojos: estaba hablando muy alto, como era imprescindible por el ruido ambiente, y como íbamos apiñados, las conversaciones de unos y otros se cruzaban con facilidad aunque el viento se llevase alguna palabra.

–No, no, machi, si es un esfuerzo que hago, si sabes que yo tengo alergias hasta en los sesos, yo no estoy para esto, por la Virgen.

–Cállate.

El camión pitaba y repitaba al entrar en un pueblo o poblado o agrupamiento de personas y traqueteaba en los baches y había rodillazos y zapatazos accidentales y malos olores súbitos e interjecciones como “cojones” “tranca” “morronga” “de madre” “pinga” y frases como “viva Cuba libre” “todo por la Revolución” “el porvenir nos pertenece”.

–Raro que aquí no vayan mujeres –dije volviéndome hacia la Sama.

–No, las mujeres que hacen las pilas de caña nos encuentran allá en el campo, van en otros camiones –dijo para mí uno que estaba casi rodilla contra rodilla conmigo y la espalda contra la espalda de otro.

A la Samaritana se le prendió el rostro. Sonrió. Me indicó con el índice que le acercara la oreja.

–Ya sé lo que se te ocurrió –le dije–, pero de apilar nada, tú cortas igual que yo, porque tú me metiste en esto.

–Está bien, no tienes que sulfurarte por eso.

Ya a medio camino yo iba un poco apesadumbrado: los que estaban más cerca nos miraban en exceso; sobre todo a la Sama, si bien éste, como en otras circunstancias parecidas, cuando hablaba lo hacía con toda la voz de macho que le resultaba posible y esgrimiendo una impresionante cara de perro.

–Y me perdonan –volvió a hablarnos el mismo hombre–: ¿pero ustedes cortan sin sombrero?

Eso faltaba, ni sombrero trajimos, qué cosa tan grande.

–Ah, sí, cómo no, compañero –le contestó la Sama rugiendo y frunciendo las cejas y estirando las bombas como un tipo de mal genio–, el sombrero si vamos a ver no hace falta, eso lo que hace es joder en la cabeza.

–Ah –exclamó el hombre.

Entonces el camión dio un corte brusco y la Sama metió un chillido: un “¡huuuyyyyy” agudísimo.

Debió ver el disgusto en mis ojos.

–No te preocupes... –me dijo acercándose la boca al oído–. Si algunos nos miran tanto es por eso: porque no traemos sombreros.

–Sí, seguro –dije con la vista en mis rodillas.

–Bueno... la verdad, ya tú sabes, a mí me reconoce mucha gente en Santa Clara... Alguno puede haber que sepa quién soy.

–Está bien, pero vamos a dejarnos de cuchicheo, que de esa manera es peor...

Entonces comprendí que no era lo mismo estar con la Samaritana en el bar Louvre, en el Parque, en las calles más céntricas, en cualquiera de los sitios en donde solíamos encontrarnos; allí siempre era posible alguna libertad de movimiento, una conversación aparte, cierta privacidad. Pero trancados en un camión repleto, no había defensa alguna.

Entrando en Santo Domingo me puse en pie (la Sama no quiso: qué va, dijo, si estoy agotadísimo) y vi, bajo los elevados de la carretera, los techos de las casas, de donde se desprendían y se perdían enseguida, como si estallasen, retardados trozos de neblina. El

camión se detuvo junto al parque y había otros llenándose o saliendo hacia distintos rumbos y chorros de gentes que subía o esperaba o investigaba cuál les correspondía y gritaban y chisteban y se tiraban pedazos de cualquier cosa y raspaban el piso con el machete de plan y decían “adiós cabrones” “eueeh” “arriba ya está aquí” “rápido carajo” cuando un camión estaba llegando y cuando alguno se iba. El chofer del nuestro habló con un hombre que le había hecho una señales acercándose y luego de seis u ocho palabras arrancó y dobló a la derecha y unas cuadras más allá la calle se hizo de tierra y ya estábamos en el campo neto y miré a la Sama que, derrumbado contra la pared delantera del camión, tenía más bien cara de quien viene, no de quien va para el corte de caña.

El camión iba dando traspiés y la gente yéndose unos contra otros. La tripas hacían malabares. El sol se iba elevando y ya no había listones de neblina; la humedad del ambiente mermaba. Gritaron “¡arriba!” “¡arriba!” “¡arriba!” cuando el camión, definitivamente, se detuvo. La Samaritana se había dormido. “¡No! ¡No! ¡No!”, gritó cuando lo desperté. “Es que estaba soñando –dijo–, un sueño de relajó por cierto”. Montando por encima de las barandas y haciendo escala en las ruedas se fue bajando la mayoría; otros por detrás. La Sama y yo por detrás. Debí ayudarlo: no se sintió capaz de tirarse y caer de pie. Lo agarré por un brazo y él, más bien, se deslizó. Seis u ocho de los hombres se habían detenido para observarnos.

El que iba al frente –así habían dicho: “el que va al frente”– de nosotros se reunió ahí mismo junto al camión con un guajiro que había llegado a caballo; “el jefe de lote”, oí que dijeron. Hablaban mientras grupitos aquí y allá reafilaban machetes, mochas, pelaban y comían trozos de caña, otros gritaban chistes, varios canturreaban. A un lado había un campo de caña, intacto. Debía ser el que nos correspondía. En los campos contiguos y en los de enfrente ya estaban cortando y, a juzgar por las brechas abiertas, desde hacía rato. “Ay, cómo hay muchachitas”, exclamó la Samaritana al pasear la vista y ver a las mujeres que estaban apilando en uno y otro ángulo. Yo comencé a entristecerme. No sabíamos hacer nada. La gente se movía cada cual con un sentido; nosotros parecíamos dos canguros que hubieran florecido allí. Y sin sombreros. –Estamos haciendo el ridículo, Sama. –Ah, que nos dejen apilar. –Olvida lo de apilar... Y además, seguramente por apilar no dan el Bono . –Claro que sí, mi chini, ¿crees que no lo averigüé?... A las mujeres les dan el Bono cuando hayan hecho una cantidad de pilas que sea igual en lucha a cortar las cabronas mil arrobos.

Gritaron “¡marcando tajo?”, “¡marcando tajo!”, y al unísono le entraron al campo y, cada cuatro surcos, corriéndose en orden, una pareja daba un machetazo arriba, en los cogollos.

–¿Y tú sabes qué es eso de “marcando tajo”, chichi?

–No.

–Ay, por tu vida, debimos haber practicado o pasado un cursillo con alguien.

–Vamos a seguir detrás de ellos. Cuando el último par entre a cortar, ahí mismo agarramos nosotros y nos fijamos por ellos...

Miré atrás y los primeros ya trabajaban: cortaban la caña bien abajo, a ras de tierra, le quitaban la paja con dos o tres pases de machete, como si la afeitaran, la picaban en dos, la tiraban atrás; había mujeres que iban limpiando el suelo y comenzaban a armar pilas. Nosotros continuamos caminando, como quienes no tienen prisa, detrás del grupo, que cada tres o cuatro metros era más pequeño, hasta que se acabó y nos quedamos solos, mirándonos, y empezó a cortar la última pareja que había marcado.

–Perdonen, compañeros, pero ustedes no están duchos en este asunto... Los veo cabeceando hace rato –dijo el llamado jefe de lote llegando y bajándose del caballo en el instante preciso en que la Sama me decía: “Ay, por Dios, por tu vida, qué hacemos, inventa algo, qué vergüenza”.

–¡*Teesia!* –le ordenó el jefe de lote al caballo, amagándole con una mano para que se apartara: se había arrimado demasiado y la Samaritana, con los ojos desorbitados, retrocedió de lado, como presto a correr–. Pues sí, compañeros, porque los veo arrinconados, a ver –y observó el machete de la Samaritana–: con este machete le cortaron los huevos al Diablo –dijo y sacó una lima y puso una rodilla en tierra y apoyó el machete de plan en el muslo de la otra pierna y comenzó a amolarlo por uno y otro lado y fue saliendo una línea brillante que se acentuaba más y más y el hombre diciendo “así, así, ¿ven?” hasta que la barriga del machete de la Samaritana fue un desbaste fulgente como de dos centímetros de ancho, parecido al mío. Yo observaba, estoico, si bien la Sama desviaba mi atención: se agachaba, se incorporaba, se movía de un lado a otro, miraba a izquierda y derecha con los ojos muy abiertos, se apretujaba las manos, volvía a agacharse, a incorporarse, convertido en nervios quién sabía si porque le estaban corrigiendo la plana delante de los demás (los de los tajos vecinos miraban hacia acá de hito en hito) o porque el caballo daba taconazos con las patas delanteras y resoplaba, como si fuese a encimarse de nuevo.

El jefe de lote entregó su machete a la Samaritana, nos convidó a ponernos frente al bloque de cañas y dijo: “Ahora vamos a ver otra porción de cosas”. Entonces nos explicó que un tajo tenía cuatro surcos y que cada uno de la pareja era responsable de cortar en dos. Se puso un guante de lonilla en la mano izquierda, sacó su machete y lo mantuvo en la derecha. Dio la marca a “nuestro” tajo picando en los surcos de las esquinas. Penetró un poco más mientras nos daba una clase: agarraba con la mano izquierda tres o cuatro cañas, que cortaba dando un solo machetazo a ras de tierra, y luego, manteniendo las cañas en la mano izquierda, realizaba un movimiento de medio arco hacia un lado y, en pleno vuelo y de un solo corte, seccionaba el cogollo, que iba cayendo hacia ese lado, y terminaba el arco hacia abajo y hacia atrás luego de que a mitad de este movimiento, otra vez, de un solo corte, había picado las cañas en dos trozos del mismo tamaño, que habían ido a caer, casi ordenadamente, en medio del tajo, donde se habría de ir armando la pila.

–Esto es terrible –murmuró la Samaritana.

Sonriente, el jefe de lote nos pidió una prueba.

Miré y también estaban sonriendo los cortadores más cercanos.

Comenzamos.

Traté de memorizar los movimientos que había hecho el hombre. Pero todo me salía mal. Lo que lograba más bien era tasajear las cañas mediante cuatro o cinco machetazos, tanto al cortarlas, como al quitarle el cogollo y al picarlas. El jefe nos contemplaba con las manos en la cintura. La Sama me miraba de reojo, sudando enloquecidamente, en el momento en que dio un patinazo con un cogollo que él mismo había dejado en el camino y gritó: “¡Ayyyyy, qué desgracia!”. “Tú fuiste el de la idea”, le dije deteniéndome un momento. “¿Qué idea, por la Virgen?” “La de venir”. “Ah... Por tu vida, ni me lo recuerdes”.

Unos cuantos machetazos después, el jefe de lote dijo: “Bueno, de aquí a un rato ya van aprendiendo”. Se fue y de inmediato volvió con un par de guantes izquierdos. Para este trabajo hace falta un guante en la mano que agarra las cañas –dijo–. Quédense con éstos; a mí no me sobran, pero más los necesitan ustedes.

–Por mi parte los voy a vender en cuanto salga de aquí –dijo la Sama por lo bajo–, que con ésta me basta y me sobra.

Tampoco trajimos mangas largas. El sol levanta y empieza a barrenarme desde el centro de la cabeza hasta la garganta. Se necesita el sombrero. Las hojas me cortan en los brazos y antebrazos; y llegan a cortarme en la cara, porque no traigo sombrero. Qué manera de segar estas hojas largas y finas; tajan como minúsculas cuchillas de afeitar. Creo que la Samaritana tiene el culo demasiado grande para cortar caña, sus movimientos son lentos, pesados. Trae un pantalón de mezclilla marca Pitusa del año 58 calculo y una camisa de caqui que le queda demasiado estrecha y que, hasta hace unos momentos, llevaba por dentro, pero continuamente se le salía y se la volvía a meter; ya se la ha dejado por fuera. También tiene la lengua por fuera por rachas y a cada rato me mira con los ojos tan desparramados que dan la sensación de que se le van a romper.

Yo vine con ropa de calle, suave, y al parecer se me está rompiendo contra el cuerpo; la siento desguazarse contra el sudor. La Samaritana tiene la camisa chorreante y anegados de sudor aun los fondillos del Pitusa. “Es un infierno, Dios”, ha mugido la Sama a cada rato. El sol metido en las vísceras, el sudor por cubetas, en cada gesto un arañazo, una ampolla que me empieza a destilar en la coyuntura del pulgar de la mano derecha, el brazo de esta mano tan pesado como una barra de plomo, su muñeca adolorida, como cuajada de alfileres. Y apenas avanzamos. La mujer que nos está apilando por ratos se muda para los tajos más próximos y en cada ocasión se demora más en regresar. Los que cortan en el tajo de al lado ya han penetrado más del doble que nosotros. Como fuimos los últimos en entrar, tenemos a la derecha un muro de cañas, el aire no pasa desde ese lado.

Compruebo que somos quienes más descansamos. Damos unos cuantos machetazos y nos detenemos. Otra mujer trajo un porrón con agua y lo puso en el tajo. La Samaritana no sabe manejar el porrón. Lo empina y, cuando ve el chorro venir hacia sí, se espanta, cierra la boca con el primer buche y el agua le cae en la cara. “¡Se ahoga uno con esto!”, ha gritado devolviendo el buche tomado aun por la nariz. Finalmente, vierte en el hueco de una mano y bebe. “Vivir así no es vida”, ha dicho. Dice que tiene la mano derecha en el hueso. Me la muestra. Sólo tiene la misma ampolla que yo. Que tiene la izquierda anestesiada. Se quita el

guante, me la enseña. Está inflamada. Ya no tengo agarre, exclama y me pregunta por qué carajo no le contesto. “No tengo deseos de hablar, socio –le digo–. Estoy tratando de no quedar mal conmigo mismo”.

Se aleja y se aleja la pareja del tajo colindante. No puedo precisar en dónde tengo la columna vertebral. A todos los dolores y ardores anteriores se me ha sumado otro en el pecho que sugiere que el esternón se me está doblando y, paulatinamente, me aplasta el corazón. Estamos haciendo el ridículo: quienes se hallan en este campo y en el de enfrente y los que se mueven por el terraplén, sin duda se burlan de nosotros, como de un par de tipos que estuviesen remando con la cabeza. Hacemos y hacemos, pero apenas avanzamos. Y aun deben estar riéndose a nuestra cuenta los que no nos han visto. “Dicen que hay un par de comemierdas allá en la punta de ese campo que son un espectáculo”, me imagino que comentan los más lejanos. Es inevitable detenerse. Por más que me propongo seguir, no puedo. Si no es la ampolla de la mano derecha, supurando, es el calambre de la izquierda, que pesa como un ladrillo dentro del guante, o una seguidilla de cortadas de las hojas contra los pómulos o la barbilla, que producen un ardor semejante a diminutas quemaduras, o es la espina dorsal astillándose, o el pecho sin aire, o el sol lasqueando en la cabeza.

La Samaritana, en cuanto observa mi primer ademán para detenerme, suelta el machete y suspira mirándome como desde alta mar. “Terrible –dice tirado contra la pared de cañas a nuestra derecha–, terrible. En qué lío nos hemos metido, mi chini”. Y quiere renunciar, vámonos pa’l carajo, a pie, en una guagua, en una carreta, en cualquier cosa, pero vámonos, propone. No, Sama, eso sería aun más vergonzoso. “Ay, pero es que yo no resisto más, me va a dar una cosa”. Resiste, Samaritana, tú fuiste el de la idea de venir. “Ay, no me lo recuerdes más, no me lo recuerdes más... Hasta miles de pesos vale ese puñetero Bono”.

Cuando uno se detiene los músculos se enfrían; más bien se congelan; repelen volver al corte. Trato de que las paradas sean breves. La Samaritana avanza casi a rastras, tapizado de polvo y sudor, con sus nalgonas a remolque “virgen de Fátima”, “virgen de las Mercedes”, “ay, san Sigfredo, ayúdame” “san Catalino, no me dejes solo”, va diciendo. En ocasiones, la mujer que nos apila –la encargada además de ponderar las pilas: veinticinco arrobas a cálculo de ojo– al regresar no halla cañas ni para un octavo de pila. “Tengo hambre, no puedo más, cojones, si lo que desayuné fue una limonada”. Exclama la Samaritana mirando hacia el cielo. La mujer lo ha escuchado: “En un ratico llega la merienda, compañero”, le dice. A qué hora, pregunta la Sama con voz rencorosa. A las diez y media, responde la mujer. Y qué hora es. Ya falta poco, veinte minutos, contesta la mujer mirando su reloj de pulsera. Debimos traer reloj, dice la Samaritana dirigiéndose a mí con actitud reclamativa.

La Sama comienza a darle vueltas al plantón como si lo estuviera inspeccionando, como si buscara algo perdido entre los tallos de las cañas. Luego pica y repica tirando cortes en diagonal contra el suelo. Le advierto: eso no es así, debe recordar lo que nos enseñó el jefe de lote: cortar al ras, con un movimiento horizontal; así, como lo estás haciendo ahora, machacas las cañas y dañas el plantón. “¿Qué cosa, niño? ¡¿De qué hablas?! ¡¿El plantón?! ¿Qué es el plantón? ¿Eh? ¡¿Y tú de pronto te has metido a comunista que cuidas tanto las cañas ni un carajo?!”, me responde con ira en la mirada. “¡Merienda!”, comienzan a gritar

voces de todos los tamaños y tonos desde diversos sitios. Eso es lo que yo estaba esperando, dice por lo bajo la Samaritana dejando caer el machete.

Se riegan los cortadores y apiladoras hacia todas direcciones en busca de un trozo de sombra. Nosotros nos quedamos con la que hace la pared de cañas a la derecha.

–Tampoco trajimos los zapatos que lleva esto –rumia la Samaritana apuntando con un movimiento de cara a sus zapatos, a los míos y al cañaveral. Andamos en mocasines y están perdidos bajo un pegote de fanguillo. Nos hemos sentado en un cojín de pajas y cogollos. Ha sido tanta la barbarie que ni he mirado a las mujeres, pienso observando a la que nos ha estado apilando. Ella anunció que se iba y le pedí que se quedara con nosotros para la merienda. “No –respondió–, es que mis compañeros están allá”. Entonces debo entender que nosotros aquí no somos compañeros de nadie. –Tampoco trajimos merienda, Sama. – ¿Qué merienda, muchacho?, si la merienda la van a dar ahora. –Merienda particular, ¿no ves que la gente trae merienda en una jabita? –Coño, sí, qué fracaso, mi chini; hay que traer hasta una jaba, qué va, esto es demasiado. La Samaritana está desgredado y cuajado de polvo de punta a punta, no se le distingue ni el Pitusa año 1958 ni la camisa de caqui ni los salientes de la cara; parece la caricatura de un gladiador aplastado. –Qué va, los que hacen este trabajo para vivir es como para que se ahorquen –dice retrepándose en su cojín y se queja de las ampollas, del dolor en los pies, del sol, del hambre que siente. Se rasca la barriga y la entrepierna, todo a la vez, con las dos manos y los diez dedos. –Oye, machi, qué picazón, creo que hasta he cogido ladillas en esta gira. Qué cosa tan grande. –Pica, lo he leído: mientras uno no se bañe y se quite toda la pelusilla, pica. –Oh... Y hablando de otra cosa: ¿podré orinar allí adentro? ¿No estará prohibido orinar en las cañas? No le contesto. Lo repite dos veces. No le contesto y se va tajo adentro. Se escucha el chorro, sordo, contra algún plantón. –Tenía la vejiga al explotar, viene diciendo. Y, de pronto, mueve la cabeza como un colibrí, se aviva, aun bajo el forro de polvo que cubre su cara, podría afirmarse que en ésta destella la lozanía, se parece a la Samaritana que, amanecido, hace unas horas se hallaba animoso en el parque frente a la estación del ferrocarril. “¡Pero Vitico! ¡¿Qué tú haces aquí, Vitico?!”, exclama encaminándose hacia el espacio vacío que han dejado los del tajo contiguo.

–No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Vitico, por tu vida...!

El llamado Vitico trae un pulóver rayado rojo y azul de nailon (¿dónde pudo conseguirlo?), pantalón negro de tela fina y brillante, alpargatas rojas. Por sombrero una pamelita roja. Todo esto inundado en polvo. Se quita el sudor de la cara con los dedos meñiques de ambas manos, con gestos muy delicados, ladeando la cara. La Sama me lo presenta. “Mucho gusto”, me dice. “Para servirle”, y doy la vuelta. Me quedo de espaldas cuatro o cinco pasos afuera en el tajo “nuestro”, pelando un trozo de caña con extrema lentitud. Vitico le dice a la Samaritana que el sol le está acabando con el cutis y se queja de cansancio. Pero aclara que su agotamiento no se debe al corte, no, él está apilando, ha venido con unas compañeras de trabajo a apilar: él no tiene machete ni mocha ni experiencia ni fuerzas para cortar. “Pues yo sí corto –dice la Sama–: mira eso” y veo que con un gesto de gran pavoneo le señala las pilas que hemos cortado. Miro hacia los grupos más cercanos y desde todos están mirando hacia acá. Sigo pelando el trozo de caña como si estuviera dialogando con él. Comienzo a comerme el trozo, que he dejado del grueso de un dedo. Vitico y la Sama se

acercan por detrás, y por delante una de las mujeres que anda repartiendo la merienda, que trae en un saco y en un cubo que ha sacado de una carreta que va desplazándose por el terraplén. Vitico está diciendo: “Pues haces muy bien, Samaritana, para que vean que esta nueva sociedad es el Paraíso: hasta las locas cortan caña”. Ay, por tu vida, no me digas, ay qué cosa más bella, regio, grandioso, exquisito, colosal, encantador, primoroso, fantástico, fascinante, fabuloso, viene exclamando la Samaritana cuando Vitico dice algo. La mujer con la merienda me llega por un lado y ellos por el otro. Vitico y la Sama se despiden con un abrazo y Vitico a mí dándome la mano: “Bueno, hasta luego, compañero”, con voz de estibador.

No hemos traído un vaso. La mujer nos entrega uno para cada uno, de cartón. “Yo siempre traigo algunos para estos casos”, dice la mujer. ¿Qué quiso decir con “para estos casos?”, ¿para los tarados que no sospechan que a la caña hay que traer una vasija? La Samaritana le pide que le entregue cuatro bocaditos –son de pasta de mortadela, dos per cápita– y que le llene el vaso con limonada dos veces. Luego ha salido a buscarla para que se lo llene de nuevo.

–Me estaba muriendo de hambre, al borde del patatún –exclama echándose sobre la paja–. Esto es de pinga, un trabajito horrible, horrible.

Me arde intensamente toda la piel. Me hierven las uñas y el cabello. El sudor me calcina las rasgaduras de las hojas, sobre todo en los pómulos. La Samaritana tiene el guante puesto en la cabeza. Coño, si a Vitico le vale apilar como si cortara, si ya me lo habían aclarado: a las apiladoras les entregan el Bono de las Mil Arrobas cuando llegan a un número de pilas que es la meta, más o menos la misma cantidad de tragedia que quienes cortaran mil arrobas.

–Sama, te estuve oyendo... ¿Qué es eso de “colosal”, “exquisito”, “fabuloso”, “encantador” y todas esas palabras? Tú nunca has sido tan elegante hablando.

–Es que a la Vampiresa del Centro hay que tratarla así, es muy fina, de alcurnia.

–¿La Vampiresa del Centro?

–Vitico.

–¿Por qué le dicen así?

–Bueno, lo de Vampiresa es porque dicen que trabaja con brujería, que amarra a cualquiera, que mete unos bilongos del carajo... Y lo del Centro es porque vive aquí...

Gritan “¡arriba!” “arriba!” “¡al tajo!” “¡al tajo!” y se van metiendo.

–... Aquí en Santa Clara, en el centro de Cubita –sigue contando la Samaritana tratando de ponerse en pie, exhalando quejidos, yéndose de lado–. Ese apodo dicen que se lo pusieron unos maricones italianos que vivieron por aquí, hace años –mete la mano en el guante–. Porque es muy conocida en todas partes, eh... Es hasta internacional la Vampiresa...

Me incorporo, agarramos los machetes.

–Oye, Sama, después de comer cuesta más trabajo avanzar. –Como quintales, pesan en el estómago los bocaditos de pasta y la limonada, se revuelven y luego se hacen como una roca que abarca toda la barriga, el sol ha tomado más altura, descuera el cráneo con extrema facilidad, el sudor es como de fiebre de cuarenta grados, las manos, ni la izquierda enguantada en el agarre, ni la derecha tirando el machetazo, funcionan siquiera a medias, la espina dorsal, adolorida, pugna contra la piel, el apretujamiento en el pecho, la falta de aire, se hacen una fuerza que me prensa los hombros hacia delante. –Yo ya no valgo nada, no me interesa la vida –dice la Sama con los ojos tiesos y las nalgas a rastras, pero sin detenerse. – No vayas a parar, no podemos parar, Sama, es una vergüenza –le he dicho, pero, como él, si bien no me detengo, doy machetazos cada vez más espaciados contra las cañas que ahora parecen de concreto, y, como él, en ocasiones necesito de dos golpes de machete para cortar sólo una. –Voy a afilar, voy a afilar –anuncia la Samaritana constantemente y nos detenemos. Es sólo un pretexto para salir; despacio; a que le presten una lima; afilar; cada uno; despacio; ir a devolver la lima; despacio; gastar tiempo; despacio; despacio; despacio. Ya van muy lejos los de los tajos vecinos. Lejos. Muy lejos de nosotros. La mujer que nos apila llega y compone una pilita raquíca y se va confiada en que tiene tiempo suficiente como para construir el Capitolio antes de volver. –Ésta de nosotros es una brigada mixta – me comunica la Samaritana dándose, a estas horas, como importancia de pertenecer a algo. –¿Cómo es eso? –Sí, una brigada mixta, machi, que se forma con gentes de muchos trabajos y lugares. –Bueno, ¿y por qué me lo dices? –Bueno, porque es una brigada mixta, no es como llegar y coger un camión para cualquier parte, es una brigada mixta, ¿o qué tú te crees? –aclara resoplando, se echa agua en el hueco de la mano, bebe chupando, desesperadamente, y vuelve machete en mano a nuestro cortar pasmado, en cámara lenta. – Y no llegamos, Sama, no llegamos. –Allá se escuchan gritos de los que están arribando al final del campo y, si se mira a la izquierda, ya no hay cañaveral, se ve la guardarraya que antes estuvo al otro lado. Dentro de unos minutos estaremos cortando solos y, sobre las seis de la tarde, llegaremos, si estamos vivos, al final. –¿Qué harán con nosotros, por tu vida? – la Samaritana tiene la mirada de vidrio puesta en todas partes con una rapidez que contrasta con los movimientos moribundos de su cuerpo. –Yo qué sé. –Ay, si nos ayudaran... Sí, sí, tienen que ayudarnos porque eso es lo que dice el comunismo, que hay que ayudar al que está en crisis. –No sé, Sama –y sigo, pensando sobre todo en el ridículo que estoy haciendo ante personas que, mañana mismo, podrán reconocirme en la calles de Santa Clara, pequeña y chismosa. –Ay Dios mío, ay Dios mío, es horrible... horrible... somos el circo de toda esta gente –exclama la Sama con voz lacrimosa y sigue cortando de igual manera, pero con la cabeza gacha, como en penitencia–. Ay, san Nemesio, creo que voy a llorar. – Cálmate, Samaritana, cálmate... Además... bastante hemos hecho gratis... Qué cojones... – ¿Qué hora será? –No sé... Debe ser tardísimo. –Dijeron que hasta las doce y media, ¿qué hora será? Ay, Dios mío, si por ejemplo empezara un aguacero ya no sería culpa de nosotros –y mira implorante al cielo, que está azulísimo, sin una nube, metiendo un sol que hace cenizas a la tierra. –Esto es terrible –agrega macheteando a cada golpe más encorvado, como nunca se deja estar en la vida real–, terrible, me desfallezco, me desfallezco... –Hoy te ha dado por la finura, Sama, ¿qué es eso de “me desfallezco”? –Horrible, horrible, vuelvo y repito que esto es para animales –se escuchan gritos, un tropel más cerca y más lejos dentro del tajo “nuestro”–, y yo con tantas alergias, ¿por qué me metí en esto?, es el trabajo más perro del mundo, coño, y un domingo... Saltan remolinos de paja a ocho o diez

metros delante de nosotros y se acerca un estruendo de elefantes. –¿Y ahora qué es, machi. –No sé. –Están diciendo “contracandela”, ¿oyes? –Sí.

–Ay, Dios Todopoderoso, ¿qué quiere decir contracandela? ¿Será que nos pondrán algún castigo? –Cállate, acelera. Veo que vienen cortando dentro de “nuestro” tajo en sentido contrario; eso debe ser contracandela: en contrasentido. Un grupazo, que se va fragmentando de dos en dos, se mete aquí y allá entrando y saliendo por el costado del tajo. Se adelantan unos a los otros avanzando hacia acá sin parar. –Acelera, Sama, lo que pasa es que nos están ayudando. –Sí, si ya me di de cuenta, qué buenos compañeros son. –Se dice me di cuenta, no “de cuenta”. –Pero esta caña es de nosotros, machi, no tenían que meterse, la caña de nosotros es de nosotros. Salta rítmico el pajerío. Se acerca el estruendo. Siguen gritando “¡contracandela!” “¡contracandela!” “¡contracandela!”. La Samaritana y yo aceleramos lo más posible. Pero tres o cuatro plantones más allá nos topamos con dos que empatan con nosotros. Nos gritan que nos incorporemos por un lado, “compañeros”. Que salgamos por el costado y volvamos a entrar más adelante, quieren decir. Hallamos un montoncito de cañas todavía en pie entre dos parejas que van cortando una de allá para acá y otra a la inversa. –Ah, es que son muchos, figúrate, así sí es fácil –exclama la Samaritana y le entramos de allá para acá al montoncito. –Yo no sabía que también se podía ir al revés –dice con la camisa de caqui recogida y anudada a la cintura, turbia la mirada, caído por completo de un lateral. Terminando el montoncito gritan “¡completo!” “¡completo!” “¡completo!”, y se acaba el tajo de nosotros.

–Espérate un momento que voy a arreglarme un poco –me anuncia la Samaritana cuando vamos llegando al terraplén. Se detiene. Saca un peine del bolsillo trasero del Pitusa desguazado.

–Quieto, Sama...

Guarda el peine. Baja la cabeza diciendo: “Está bien, no tengo deseos de discutir” y agarramos por el terraplén directamente hasta una elevación donde seis o siete hombres, que evidentemente no son cortadores, están entregando los vales.

–Terrible, matao el gallo, terrible, cómo cortamos carajo –va diciéndose a sí mismo la Samaritana.

¿Cómo es posible que un hombre nacido y criado en pueblo de campo no sepa nada del corte de caña, ni sea capaz de resistir siquiera un rato uno de estos trabajos salvajes? Ay, machi, pero si Manicaragua es tierra de siembra de tabaco –responde–, recuérdalo, y trabajo salvaje nunca tuve que hacer: sin tocar el campo me ganaba bastante para la casa ayudando al despacho en una tienda y de mandadero de tanta gente. “Claro, si se me olvidaba que tú siempre has sido un guajiro inteligente”.

Llegando a la subida nos separamos y pedimos un vale a un hombre, y luego al otro y al otro y al otro y al otro como si todavía no nos hubieran entregado ninguno. Unos nos anotan más y otros menos, a cada uno le decimos quince o veinte pilas por encima de las que en realidad hemos cortado. En total la Sama reúne mil cuatrocientas arrobas y yo mil doscientas cincuenta.

–Con otra venida más y nos da para otro Bono, que ya sabes que los están vendiendo carísimo –dice.

–Qué va...

–No, no, claro, si te lo decía por decir: es mejor dar cualquier cantidad de dinero que meterse en esta tragedia.

Los camiones están alineados en el terraplén y pitan y ya algunos hombres suben.

–Qué bullería –se queja la Samaritana. Y luego–: Very bangán, very bangán, chichi, este Bono hace mucha falta para estar limpio con el Gobierno.

–¿Y cómo hacemos con los vales?

–Hay unas oficinas adonde llevas los vales que sumen mil y te dan el Bono, me das luego los tuyos y saco los dos.

Algunos camiones ya están yéndose y otros calientan motores. –¡Sama! ¡Samaritana! ¡Adiositoooo!

Es Vitico, la Vampiresa del Centro, que pasa en uno de los que se van y así se despide, deshojando además la mano con que dice adiós.

–No, no, si te digo que es una despretigiada.

–No se dice despretigiada, se dice despres pres pres tigiada, ni tampoco patatún, como dijiste hace un rato, sino *patatús, tús tús*.

–A mí me importa tres cojones como se diga, no me jodas más con que se dice así y se dice así –exclama mirándome de a través, con la expresión amarrada.

–Oye, mi chini, pero ése no es el camión de nosotros, ¿eh?, no vinimos en ése.

Me responde cuando lo insto a que subamos en un camión que está dando claxon y del cual ya nos hallamos cerca.

–Cualquiera, se coge cualquiera, todos van para allá.

–¿Y no nos regañarán?

–Dale.

–Yo creo que a mí hay que subirme.

–Cálmate.

–Es que estoy todo derrengado.

–Sube escalando por la rueda, como está haciendo esa gente.

La Peregrina Magazine, Primavera-Verano, 2010